

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—UN DESAFÍO.—ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.—EMIGRACION DE LOS ANIMALES, por D. Pedro de Prado y Torres.—EN LAS HORAS DE UNA TARDE, por J. Larraga de Pilon.—ADVERTENCIA.—GEOGLÍFICO.

TEATRO PRINCIPAL.

Revista de Zarzuelas.

Mala es la presente época para los teatros de Cádiz, porque ya otra vez hemos dicho que las ferias y la temporada de Puerto Real son enemigos formidables para toda empresa. Temíamos además á los recuerdos de la ópera; pero la verdad es que el Principal marcha en punto á ingresos harto menos mal de lo que cualquiera habria podido deducir en vista de aquellos antecedentes. El espectáculo no se desdeña del todo, y hasta suele atraer público. ¿Es por ser zarzuela, ó es á pesar de ser zarzuela? No nos atrevemos á sacar consecuencias tan peliagudas. Consignamos simplemente el hecho.

Digamos algo de las obras ejecutadas.

La cisterna encantada, si nueva en este teatro, no lo era en Cádiz. La habíamos visto en el Balon, y de ella entonces nos ocupamos, lo cual nos dispensa de hacerlo ahora. Acaso recuerden los que entonces la vieron que el título se procura justificar por la circunstancia de que los que se arrojaban por el brocal de la dicha cisterna caían sobre una bien acolchada trampa, que suavemente los hacia descender á suntuosos salones subterráneos, donde se daba ámplio culto á dos ó tres de los siete pecados capitales. Pues bien, en su última reaparicion la zarzuela cayó por el brocal, pero no tan en blando como la protagonista, lo cual fué causa de que no se haya vuelto á poner en escena. Esto era lógico: sin embargo, no siempre en iguales casos se ha hecho lo mismo, segun veremos despues.

Entre mi mujer y el negro pertenece al género de las corridas de toros puestas en música. Allí todos corren, todos gritan á un tiempo, todos se empujan y se atropellan. Nosotros, sin embargo,

MAYO.

diremos que toda vez que hemos de tragar zarzuela, mejor la queremos así que grave ó pretenciosa ó picaresca, porque entonces no hay quien la sufra; de lo cual no nos faltará un ejemplo siquiera en la reseña que nos proponemos hacer en el presente artículo.

El Sr. Olona, que es el que se ha propuesto resolver en el teatro el problema del movimiento continuo, ha hallado por lo visto que la Europa no le ofrece ya bastante terreno para hacer correr á sus actores, y en la zarzuela *Entre mi mujer y el negro* los lleva hasta Nueva Orleans, así como en *Por seguir á una mujer* los llevó hasta las costas de Africa. Antes de un mes lo esperamos en la China haciendo cantar unas playeras á algun mandarin.

En esta zarzuela actúan como personajes un madrileño, un gaditano, un yanqui, una dama americana, una habanera, un negro, un orangutan, y por referencia una culebra de cascabel; es decir, que están representadas tres partes del mundo conocido. Es casi un tratado de geografía y un epitome de historia natural.

El asunto se reduce en su esencia á poca cosa, y aun esa nada verosímil. Los dos españoles parten á América á casarse con dos mujeres á quienes no conocen y de quienes no son conocidos. Son dos maridos que se remesan como pudiera hacerse con dos botas de aguardiente catalan. El uno naufraga, y los negros salvajes están á punto de comérselo; pero le dejan la vida para que les espante las moscas. El otro cae enfermo en la Habana; pero al cabo llegan ambos á Nueva Orleans. La novia del andaluz es solicitada por un viejo yanqui, y un negro está enamorado de la del madrileño. Escenas de celos, de despique, de terror y de susto; hay disfraces y transformaciones; al cabo, sin saberse mucho por qué, el negro viste de mujer al orangutan, el madrileño lo toma por su novia, y mono y negro saltan por las ventanas y se escapan. Aunque no se escapa con ellos el yanqui, cosa que estaria muy en la lógica de la zarzuela, ello es que esto no obsta para que desaparezcan todos los obstáculos y para que las dos parejas matrimoniales queden en paz y en gracia de Dios ó satisfechas ó resignadas.

Como se vé, éste argumento no es de aquellos que pueden soportar la mas obvia observacion cri-



tica. Es un completo absurdo, que en su género puede disputar la primacía á lo mas absurdo que se haya escrito en ningun tiempo. No obstante, si el autor, como parece indudable, se propuso entretener y hacer reir arrojando por todo, ciertamente lo consigue; porque los desenfados masculinos de la vieja Jenny, las contorsiones y gestos del negro, los brinquitos del mono, y los sazonados chistes del cesante en indirectas hacen perder la gravedad al espectador mas adusto, y garantizan el éxito de una zarzuela que nada es como produccion dramática y no mucho mas como produccion lírica, salvos algunos números de la partitura, como verbigracia el tango, el duo de tiple y barítono, y algun otro que aunque en menor escala tuvo aplauso.

Respecto á egecucion diremos poco. La Sra. Isturiz bien como actriz y como cantante. La Sra. Bigones dió á su papel todo el carácter de desenfado ridículo que ha menester. Luna se hizo aplaudir con razon en el del negro. En el Sr. Becerra hemos hallado al artista de conciencia y de robusta voz. La del Sr. Hiruela es grata tambien, pero necesita hacerse mas actor, porque los papeles que tiene á su cargo están escritos por lo comun para uno que lo es mucho. El Sr. Pastor se precipita en el hablar á términos de que lo mejor suele perderse. Procure corregir esa tendencia de ferro-carri- l que se hace desvirtuar la mayor parte de los chistes, puesto que lo mas del auditorio ni aun tiene tiempo de enterarse de ellos.

El último mono... es una quisicosa difícil de definir. Parécenos que el autor lo intitula *sainete filosófico*. Filosófico podrá ser, pero sainete no lo es de seguro, porque no es nada que huela, siquiera sea de lejos, á composicion dramática de ninguna especie.

El pensamiento, segun se confiesa en el libreto mismo, es ageno. Hay en él novedad, hay verdad suma; pero no hay accion buena ni mala, grande ni pequeña. Aquí las formas matan la esencia, y es lástima, porque siguiendo otro camino habria podido hacerse una cosa excelente; y eso con tanta mayor facilidad cuanto que, como hemos dicho, el pensamiento estaba dado. Este es:

Un sugeto de condicion humilde ha llegado á reunir un gran capital y es uno de los banqueros mas opulentos. Las riquezas de su única hija son codiciadas por el hijo primogénito de cierto aristócrata arruinado, y el Sr. Sanchez, nombre del banquero, está á punto de trocar su oro por el oropel ageno. Rebélase, sin embargo, contra las humillantes condiciones que se le quieren imponer, y entonces el título le insulta con desden y rompe un enlace que ha estado á punto de degradar la nobleza de su ilustre familia.

El noble desprecia al rico plebeyo.

El señoron se marcha y no vuelve á parecer mas.

Sanchez tiene un dependiente llamado Lopez, el que á hurtadillas enamora á la hija de su principal. Este lo despiden con enojo, porque un pobre no debe aspirar á la hija de un rico.

El Sr. Sanchez desaparece á su vez de la escena para no volver.

El Sr. Lopez dice chicleos á la criada. Esta los toma en plata y pide casorio. El Sr. Lopez se indigna, porque el dependiente de una casa de comercio no puede rebajarse hasta una criada de servicio.

El dependiente se eclipsa como los otros.

Un soldado licenciado, mozo de cuadra de un caballero, se enamora de la criada. La criada le desdén, porque juzga muy poca cosa para ella á un mozo de cuadra.

La orgullosa alcarreña se vá igualmente por donde los demás se fueron.

A los gritos del licenciado aparece un negro esclavo de la casa para poner orden. El mozo le insulta, porque un blanco no debe sufrir reconvenciones de un negro.

Vase el blanco.

Un ciego mendigo llega á la puerta. El negro lo despiden con aspereza, porque es mendigo.

Márchase el negro.

El ciego declama contra los que desprecian, insultan y maltratan á las criaturas de Dios; pero notando la impaciencia de su perro, le hace tomar á palos la puerta de la calle para que lo guíe.

Cae el telon.

Ya se comprende todo el partido que hubiera podido sacarse de aquí; pero como los personajes no hacen mas que pasar uno tras otro á modo de figuras de la linterna mágica, falta de todo punto unidad; no hay accion; no hay cuadro. Pudo hacerse una bella cosa, pero no se hizo mas que una revista de comisario.

Dos palabras no mas sobre la zarzuela *Por conquista*. Es una de las mas soporíferas que se han escrito; y cuenta que abunda el género en el repertorio. No pudieron salvarla el pandero ni las castañuelas, que hoy son adminículo indispensable en la orquesta. Fué mal recibida; pero eso no obstó para que se repitiese. A la sombra de *El estreno de un artista*, muy bien cantada por la Sra. Isturiz, y en la que recibió estrepitosos aplausos, se creyó que la zarzuela en cuestion obtendría el honor de algun público; pero la mayor parte de los que le componian se fueron marchando poco á poco, y por eso, y no por otra causa, no tuvo lugar la segunda edicion de chicheos y de toses. El telon cayó sin que apenas quedara allí quien se apercibiese de ello.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

UN DESAFIO.

I.

CÁRLOS MELVILLE Á EDUARDO VERNILLIER.

Querido amigo: para el 25 pienso abrazarte en París. Adolfo no ha querido venir conmigo; se ha

quedado en Baden acompañando á mi querida Eugenia Duval, y encargado de protegerla durante mi ausencia. Me ha sido necesaria mucha energía y motivos bien poderosos para decidirme á este viaje y á una separación de cortos momentos. No habrás olvidado que huérfanos los dos, desde la mas tierna edad fuimos adoptados por nuestra tia, que nos prodigó las mas tiernas y las mas afectuosas caricias. Su piadosa solicitud jamás llegó á desmentirse, y cuando intereses de consideración la obligaron á establecerse en París, y mientras que recorriamos el mundo buscando en él nuevas inspiraciones, de cerca y de lejos ha continuado velando siempre sobre nosotros, sosteniéndonos con sus consejos, y llenándose de orgullo cada vez que nuestros pinceles obtenían el mas pequeño éxito. Hubiera sido la peor de todas las acciones si la indiferencia y el olvido hubiesen sido el pago de este amor. Y por lo tanto no he querido contraer un himeneo del cual dependa toda mi felicidad y todo mi porvenir, sin obtener de esta segunda madre el consentimiento que sin duda alguna tendrá mucho gusto en concederme.

Dos palabras bastarán para pintarte á Eugenia, á quien tú no conoces todavía. En cuanto á su belleza, está dotada de una rara hermosura, y en cuanto á su corazón, es un ángel; así es que en vez de amor, siento por ella un delirio, una ciega idolatría. Sin embargo, en el fondo de mi conciencia y de mi corazón, te confieso que tiemblo al contraer esta unión, que por otro lado es el colmo de todos mis deseos, porque la voz de mi razón me dice que no soy el solo que esté enamorado de ella. Mi hermano la ama también, y por efecto de una sublime abnegación, afecta en su presencia la mayor calma y tranquilidad. Mi rostro se cubre de un frío sudor al trazarte estas líneas, mi mano tiembla y mis ojos se oscurecen. Acaso para conquistar mi dicha, ¿me veré precisado á romper la afección que me ha unido á él hasta el día? ¿Y cómo no podrá sentir Adolfo la pasión que me consume por Eugenia? Gemelos de nacimiento, ¿no lo somos también, hasta cierto punto, de ideas y de sentimientos? ¿No ha puesto igualmente Dios en el fondo de nuestras almas la misma semejanza que en nuestros semblantes? ¡Oh! esta idea traspasa mi corazón. Un día le sorprendí llorando, y le ví ponerse pálido al escuchar mis palabras amorosas al hablar de aquel ángel celestial.... Dime que me engaño, amigo mío, pruébame que soy víctima de una ilusión, inspírame la fuerza necesaria para no sondear este misterio, porque conozco la imposibilidad de darle esta prueba de afección.

CARLOS MELVILLE.

Eduardo Vernillier leyó esta carta con suma emoción, porque amaba sinceramente á los dos hermanos, y pensando en esta admirable armonía, en esta conformidad maravillosa que reinaba entre ellos, no dudó de la realidad de la desgracia que Carlos le anunciaba.

La recepción de esta carta precedió solo dos días

á la llegada de su autor. Era este un bello y elegante joven de veinte y cinco años, que manifestaba las mejores disposiciones, y cuyos expresivos ojos, que á veces arrojaban un aire de melancolía, y otras manifestaban una impetuosa vivacidad, anunciaban un alma apasionada é impresionable. Los dos amigos se abrazaron cordialmente y entraron en los pormenores de una conversación íntima y amistosa, en la cual no tienen parte alguna los secretos ni los misterios. Poco tenía que decir Eduardo á su amigo, porque su vida había estado absolutamente exenta de aquellas borrascas del corazón, que solo tienen el triste privilegio de trastornar completamente el alma. No sucedía otro tanto á Carlos: todos sus pensamientos, todas sus ambiciones y esperanzas los tenía cifrados en la hermosa Eugenia Duval.

Dotada esta de una educación esmerada, de una agradable figura y de un carácter sensible, era verdaderamente una joven perfecta. Su padre, después de una carrera laboriosa practicando la medicina, se había retirado á Baden, para gozar tranquilamente de la fortuna que sus talentos le habían hecho adquirir, y lejos de desaprobár la inclinación de Eugenia, había por el contrario fomentado estos amores, porque todo contribuía á hacer esta unión posible y honrosa: posición, edad y sentimientos.

Entre los dos hermanos había preferido á Carlos, no porque de parte de ella hubiese habido al principio una distinción marcada, sino porque éste, que era mas expansivo, había sido el primero que la habló de amor, atreviéndose á pretender una mano que encerraba toda su felicidad.

Adolfo, menos valiente, ó mas tímido, se había contentado solamente con sufrir y amar, considerando feliz aceptando la parte dolorosa de un drama en el cual su hermano debía hacer el principal papel.

Carlos había vagamente adivinado, según hemos visto, estos heroicos sacrificios, y en vísperas de casarse con Eugenia, se estremecía á la idea del golpe fatal que iba á llevar Adolfo: dió parte de sus tormentos á Eduardo, el cual pudo convencerle de que á pesar de la admirable semejanza de los hermanos, no existía el menor indicio capaz de hacerle creer que inevitablemente tuviesen ámbos los mismos objetos de afección.

Estas palabras hicieron desaparecer por un momento la melancolía de Carlos, de modo que convinieron en acabar el día en el teatro de la Opera, para el cual lograron con dificultad dos lunetas. Pero ¡qué frágil y misteriosa es la existencia humana! Carlos salió en el entreacto, y al volver á entrar en el teatro, vió que su puesto se hallaba ocupado: aproximándose á la persona que lo había tomado, le manifestó con mucha atención que sin duda se había equivocado, rogándole al mismo tiempo le cediese su sitio, pues que había dejado en él un guante que debería estar allí todavía.

El hombre á quien se dirigían estas observaciones tenía un semblante sombrío y altanero. Sus espesos bigotes canos y el inmenso corbatín negro que ceñía su cuello anunciaban una rigidez ente-

ramente militar: su levita perfectamente abotonada y la cinta roja en el ojal, su actitud imperiosa y decidida no dejaban la menor duda sobre su profesion. Al oír las reflexiones de Carlos, volvió la cara á otro lado, y arqueando ligeramente las cejas, echó sobre él, sin responderle, una mirada desdeñosa y provocativa.

—Esta luneta me pertenece, caballero, dijo Carlos con voz algo viva: tenga Vd. la bondad de cederla de buena voluntad para evitarme el disgusto de exigírsela.

—¿Es de Vd? ¡no me importa! no me mueve de aquí.

—No extrañará Vd. que me apodere de ella, repuso Carlos cogiendo por el cuello al desconocido.

En este momento la mano de este último cayó sobre el rostro de Carlos.

Sin gritos ni amenazas, se dieron una cita: solamente, despues de concluida la funcion, el desconocido, al pasar junto á Carlos, le miró con atencion y le dijo, observando atentamente el efecto que debian producir estas palabras.

—Hasta mañana, caballero, ¡yo soy el general D.....

Carlos conocia este nombre como todo el mundo, porque el que lo llevaba habia adquirido en Francia, sobre todo en París, una terrible celebridad. Nadie ignoraba que gracias á una mortífera destreza acompañada siempre de su buena suerte, habian sido víctimas desgraciadas todos cuantos se habian puesto delante de este hombre.

Por enérgica que sea el alma, es menester convenir en que los momentos que preceden á un desafío son sumamente crueles, porque en estas ocasiones es cuando mas pesan los vínculos sociales. Carlos pasó la noche ocupado en escribir y en pensar, y mas de un sentimiento, mas de un recuerdo vinieron acaso á hacerle titubear. A la mañana siguiente se acordó de que era hombre.

Juzgando Eduardo que la injuria recibida públicamente hacia imposible cualquier género de conciliacion, se limitó solo á hacer el papel de padrino sin ensayar el de pacificador. Por otro lado no ignoraba que Carlos era uno de aquellos hombres que reunian la ciencia al carácter; que podia y sabia batirse. Sin olvidar no obstante ninguna de las precauciones que le imponia el encargo que habia aceptado, estipuló las condiciones del combate de acuerdo con los padrinos del general, y quedaron todos convenidos que el desafío se verificaria en el bosque de Vincennes, á la inmediacion del pueblo de San Mandé, y que los dos adversarios se colocarian á veinte pasos de distancia: que además la suerté decidiria el derecho de tirar primero.

Carlos tuvo la precaucion, antes de salir del coche, de entregar una carta á Eduardo, rogándole que en caso que la suerte le fuese adversa, la dirigiese al suplente, á su hermano Adolfo.

—Le dirás que su nombre y el de Eugenia han expirado en mis labios con la vida.

Eduardo apretó sinceramente la mano de su amigo, lo cual equivalia á una promesa.

—Gracias, repuso Carlos, sonriendo con aire dulce y melancólico.

En seguida partió con su amigo, y el general, que se habia adelantado, se dirigió á Carlos al llegar, saludándole con fria atencion, poniéndose en seguida á fumar tranquilamente un cigarro, como si la escena sangrienta que se preparaba le fuese enteramente indiferente.

Echaron al aire una moneda, y la suerte favoreció á Carlos, que persuadido de su habilidad, comprendió desde luego que su adversario estaba perdido. Mas al verse dueño de la existencia del hombre que tan cruelmente le habia ultrajado, desapareció su resentimiento, y se horrorizó á la idea de dar la muerte á un objeto que Dios habia animado con la vida, y se preguntó á sí mismo, si una mano manchada con un homicidio se atreveria á conducir á Eugenia delante del altar....

—General, dijo, á la punta de vuestro sombrero.

La bala partió silbando y echó por tierra el objeto indicado.

El señor D... no habia hecho un solo movimiento de temor, de sorpresa, ni de gratitud: continuó impassible y con tono irónico dijo friamente:

—Sois bastante diestro, caballero... al quinto boton de la izquierda.

En este momento Carlos cayó: la bala le habia atravesado el corazon.

—Esto es un asesinato, un crimen horrible, exclamó Eduardo pálido de dolor y de indignacion.

—Poco ruido, dijo el señor D... con la mayor tranquilidad: aquí cada uno ha usado de su derecho segun le ha parecido... Hasta la vista, señores.

Al decir esto el general tomó su coche y desapareció.

Eduardo Vernillier cumplió con los últimos deberes de la amistad; el desgraciado jóven fué enterrado en el cementerio de San Mandé, y despues de esta triste ceremonia, Eduardo marchó á Baden con el objeto de cumplir religiosamente la promesa que habia hecho á su amigo.

Adolfo Melville quedó como herido de un rayo á la recepcion de esta terrible noticia; su dolor fué mudo y sombrío como todo género de desesperacion; despues condujo á Eduardo á un juego de pistola situado fuera de la ciudad, tiró diez veces y dió siempre en el punto, y con sonrisa irónica y terrible, dijo:

—Eduardo, ¿me crees capaz de quitar la vida á un hombre?

II.

Un mes despues el teatro de la Ópera se hallaba una noche lleno de gente que habia acudido á las promesas del anuncio, y entre los aficionados era fácil distinguir al general D.... Cerca de este se hallaba un jóven que observaba todos sus movimientos con la mas escrupulosa atencion, y á quien se vió ocupar el puesto del general al momento que éste se levantó para salir durante el entreacto.

dul-
eral,
l lle-
se en
como
e en-

vore-
com-
per-
del
des-
idea
ani-
una
eria á

brero.
el ob-

nien-
tinuó

to bo-

habia

e, ex-
acion.
tran-
ho se-
s.
desa-

os de-
é en-
spues
Baden
rome-

rayo
or fué
spera-
de pis-
s y dió
terri-

vida á

halla-
dido á
onados
de este
us mo-
n, y á
al mo-
e el en-

MEMORIA
MUNICIPAL





ut être reproduit



LA MODA

Cádiz

Ayuntamiento de Madrid

1860.

—Es
vuelta a
Un s
jóven.
—Te
al inst
pacien
El j
hablar
ral que
vament
naria se
memori
—¿E
el desc
aquí.
En e
fetones
tiempo
ba una
—Ha
—Ha
bría.
—No
Mandé,
llero qu
Y di
que est
aunque
le conte
—Es
cion, es
Fácil
hablam
Eduard
cargó d
venganz
ofrecer
El si
que tuv
janza de
habia q
que par
presiona
á la cit
entonce
do la su
conoció
lla ocas
convuls
Adolfo,
cie de p
D... el n
Adolf
vista de
vez, est
tud, y e
—Ah
quierda
La p
pena de
sido tes
Cuan

—Este es mi sitio, caballero, dijo el general á su vuelta con tono firme é imperioso.

Un silencio profundo fué la única respuesta del jóven.

—Tenga Vd. la bondad de desocupar el puesto al instante, continuó el general con la mayor impaciencia.

El jóven volvió irónicamente la cabeza, y sin hablar una sola palabra miró atentamente al general que no pudo menos de sobresaltarse. Efectivamente, esta fisonomía, gracias á una extraordinaria semejanza, hizo traer misteriosamente á su memoria una escena que ya tenia olvidada.

—¿Es de Vd. este sitio? replicó pausadamente el desconocido; tanto mejor: me encuentro bien aquí.

En este momento se oyó el estampido de dos bofetones que se dieron mutuamente, y al mismo tiempo se escapó un grito de un palco donde estaba una jóven.

—Hasta mañana, caballero.

—Hasta mañana, repitió el general, con voz sombría.

—Nos batiremos en Vincennes, cerca de San Mandé, si este sitio nos os desagrada, y este caballero que está á mi lado será mi padrino.

Y diciendo esto, indicó á Eduardo Vernillier, que estaba en la luneta inmediata, frío espectador, aunque no indiferente á esta escena. El general le contempló con una sorpresa marcada.

—Está muy bien, respondió con grande emoción, este ú otro cualquiera, me es indiferente.

Fácilmente se comprende que el jóven de quien hablamos era Adolfo Melville, el cual salió con Eduardo, quien por su parte habia aceptado el encargo de padrino, porque queria asociarse á esta venganza, bien resuelto, si su amigo sucumbia, á ofrecerse al general como postrer víctima.

El sitio indicado para el combate, el mismo en que tuvo lugar la escena pasada, la perfecta semejanza de su adversario con aquel á quien el general habia quitado la vida, todas estas circunstancias que parecían efecto de la casualidad, habian impresionado de tal modo al señor D... que no acudió á la cita con aquella imperturbabilidad que hasta entonces jamás le habian abandonado; y aun cuando la suerte le designó el primero para el combate, conoció que su habilidad le abandonaba en aquella ocasion. Apuntó á su adversario con mano convulsiva, y la bala tocó ligeramente el pelo de Adolfo, quedando por esta vez fallida aquella especie de predestinación que habia hecho del general D... el mas temible duelista del reino.

Adolfo conservaba la mas estóica actitud á la vista del arma dirigida sobre él; y cuando llegó su vez, estendió el brazo, apuntó con terrible lentitud, y dijo con voz sonora:

—Ahora, caballero... al quinto boton de la izquierda.

La profecía se realizó: el general D... sufrió la pena del talion, y cayó en el mismo sitio que habia sido testigo de sus hazañas homicidas.

Cuando Adolfo y Eduardo volvieron á casa de

Duval, encontraron á Eugenia pálida, descompuesta, y hecha un mar de lágrimas á los piés de un crucifijo. Adolfo se adelantó.

—Eugenia, la dijo, he vengado á mi hermano... ahora puedo leeros la carta que me escribió el día de su muerte, y que he tenido oculta hasta aquí.

—Leedla, exclamó la jóven, poniendo la mano sobre su corazon.

La carta de Carlos Melville contenia las expresiones siguientes:

"Adolfo, hermano; querido amigo: voy á batirme, y probablemente sucumbiré en este encuentro: y bien, ¿me atreveré á decírtelo? Aunque en vísperas de casarme con Eugenia, que mi corazon ha escogido, no temo la muerte, antes bien la deseo, porque la union que iba á hacerme el mas feliz de los hombres me condenaria á un eterno dolor... He penetrado tus sentimientos, he comprendido tu sacrificio, y he admirado tu cariño. —Mil gracias, mi querido Adolfo. Si muero, Eugenia será tu mujer, pues de este modo nunca cesará de pertenecerme. —Cásate... te lo pido como si fuese un beneficio, y te lo prescribo como un deber."

Un silencio profundo siguió á la lectura de esta carta. Eugenia alargó la mano á Adolfo, el cual la llevó á sus labios: el deseo del moribundo no tardó en realizarse. Unidos ante Dios se retiraron con el señor Duval á una pequeña casa situada cerca del sepulcro de Carlos, donde no dejaron de ir un solo dia todos juntos á hacer fervientes ruegos por su alma, y á llevar por tributo flores y lágrimas.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró liso de medio color adornando la enagua con catorce volantes divididos en cuatro partes respectivamente de cinco, cuatro, tres, y dos volantes cada una, separándolas por un rizado de cinta colocado á la cabeza de ellas: monillo alto abotonado y redondo: manga á lo jokey abiertas por delante y guarnecidas por dos volantes: cinturón Duquesa de la misma tela que el vestido: manguito de muselina á grandes buches: cuello y puños bordados. Sombrero de crespon y gró rosa adornado de un encaje negro: en el interior, dos rosas y bandó de terciopelo negro: carrilleras de blonda blanca: doble brida de cinta y encaje negro. Pulseras oro. Guantes paja.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gró con listas anchas color azul cielo, monillo alto de cotilla y abotonado: mangas ajustadas con bota y jokey componiéndose este de buches al largo separados por rizados de cinta picada, con lo cual se adornarán tambien las botas:

manguito á buches: cuello tableado. Manteleta de encaje negro. Sombrero de crespon blanco cubierto de tul blanco salpicado con un ribete de cinta azul: al lado ramo de lilas blancas y adorno de blonda: bridas blancas. Guantes paja.

EMIGRACION DE LOS ANIMALES.

I.

Al Sr. D. Adolfo de Castro.

Los animales, lo mismo que las plantas, viajan con el auxilio de ciertos agentes que la naturaleza ha puesto á su disposicion. Las grandes corrientes de agua, el Ganges, el Congo, el rio de las Amazonas, el Orinoco, el Mississipi acarrean al mar islas pobladas de seres vivientes. Encuéntrase con frecuencia en el mar, (y esto los que contamos la ventaja de navegar mucho y tenemos un espíritu inclinado á la observacion, somos de ello buenos testigos), encuéntrase, repetimos, á millares de millas apartadas de toda playa masas de *fucus* flotantes en la superficie del agua, sirviendo de puntos de etapa á pequeños mariscos que no podrian soportar nadando mucho tiempo seguido sin descanso. En las proximidades de las Molucas y de las Filipinas, los navegantes ven á menudo despues de un *tifon* (borrasca) grandes montones de maderas flotando semejantes á islotes. Tambien se hacen cargo las olas del océano de troncos de árboles interiormente llenos de *larvas* de insectos, de huevos de moluscos y de pececillos. Algunas veces lagartos y pájaros viajan sobre esos árboles de zona en zona; y una vez se halló en la isla de S. Vicente á un enorme boa, enroscado á un tronco de cedro que habian arrancado las olas á los bosques del Brasil. En mas de una ocasion la gran corriente del Atlántico ha echado en la costa de las Azores cadáveres pertenecientes á una raza de nosotros desconocida. Un hecho de esta naturaleza afirmando mas á Colon en su conviccion fué el que contribuyó en parte al descubrimiento del Nuevo mundo.

Al propio tiempo que las aguas llenan sus funciones, corrientes de aire arrebatan á lo lejos miriadas de semillas de plantas, é inmensa cantidad de huevos de insectos y de infusorios.

No solo eso sino que animalitos de mayores dimensiones tambien mudan de sitio por medios semejantes. Se han visto frecuentemente ratones, reptiles y pececillos trasportados á grandes distancias por vendabales y torbellinos.

Lo que existe de mas curioso, si cabe, son los espontáneos viajes á la ventura de esos diminutos animaluscos cerniéndose en los aires sobre un fragilísimo hilo de telaraña. En otoño es divertido observar á esos ligeros aereonautas devanando sus ovillitos y suspendiéndose y trepando por ellos ni

mas ni menos que los marineros de un buque por los cables.

De todas las causas conocidas que promueven las emigraciones irregulares y repentinas de los animales, la mas poderosa es el hambre. El asno silvestre del Asia abandona en el estío los desiertos de la Gran Tartaria para ir á pacer al norte y al este del lago Aral. La liebre de Siberia, la rata de Norwega, el venado, el buey almizelado, dejan las regiones árticas, obligados, por el hambre para trasladarse en direccion al sur.

Los animalitos mas pequeños como los moluscos, los infusorios, viajan en legiones innumerables hasta el caso de teñir en algunos puntos cierta estension de agua sus masas tan compactas.

El gusano de seda es el que ha resistido á todas las tentativas que se han practicado para fijarlo en ciertos determinados distritos, no le es posible separarse de aquellos paises en que crecen sus moreras. Originario del Asia, daba sus capullos á la China mucho tiempo antes de que se sospechase de su existencia en otros territorios. Por el siglo VI un fraile llevó huevos de ese insecto á Constantinopla, de ahí nació en Grecia una nueva industria. Cuando el rey Rugiero conquistó la Sicilia, trasladó allí el gusano de seda. De Sicilia se ha importado á otros paises mas septentrionales.

La abeja tiene particular predileccion por las regiones del oeste. Tambien efectúan sus emigraciones las hormigas: para quienes no comprendan sus movimientos parece que se estravian á la ventura; pero no se estravian mas que las estrellas del cielo. La hormiga negra, por ejemplo, cuyos servicios estiman en tanto los naturales de la India oriental, viajan en cohortes de masas tan cerradas y compactas, que el suelo está en trechos como cubierto de un velo negro: ellas devoran la yerba de los campos, y la verdura de los bosques. Despues de lo cual penetran denodadamente en las casas, se introducen en las cocinas, suben al granero, exploran las grietas de los muros, y terminada su expedicion no quedan vestigios en los sitios que ellas han visitado, ni de insectos ni de ratas.

Muy diferente es la emigracion de la temible langosta, ese salta-montes, antiguo símbolo de los conquistadores. Ellas se abaten sobre la tierra como nubes amontonadas por las iras celestes. Su suelo nativo está cerca de los desiertos en los confines del oriente; depositan sus huevos entre la arena, fecundadas con la fuerza del sol álzanse cuando aun no tienen alas, empero pronto toman vuelo al impulso de la primera brisa que las favorece y se alzan en torbellinos tan inmensos y apretados que se convierten en una verdadera plaga que nubla á veces al mismo sol. Lo mismo se estienden con la vibracion de sus alas de Este á Oeste, que atraviesan los mares y convierten el suelo mas floreciente en campos talados y landas devastadas, pues que destruyen infaliblemente toda vegetacion. De sus irrupciones sobrevienen á veces años de hambre; y en los puntos donde perecen sus miriadas de cuerpos inficionan el aire y producen una

epidemia. Los israelitas conocían esa plaga, y de ella hace la biblia una pintura terrible.

II.

En un elemento mas favorable á la fácil locomoción, los animales acuáticos se hallan continuamente en movimiento. Las aves mas ágiles, el águila y la golondrina, no viajan con la facilidad del tiburón y el arenque, quienes en su flúido natal no tropiezan con ningun obstáculo; las aves en sus largas travesías se ven obligadas á veces á pararse, y nosotros las hemos visto venir á posarse en las gaviotas de los buques en que hemos navegado, distando doscientas leguas la costa mas próxima: los peces por el contrario parecen no experimentar la menor fatiga ni necesidad de descanso, y hemos tenido asimismo lugar de observar dorados, golfinos, pilotos y tiburones navegando en las aguas de nuestra embarcación sin abandonarnos en toda la navegación, jugueteando en las olas, y manteniéndose en parte con los desperdicios que caían de á bordo; y tambien en días de calma el contramaestre con el harpon nos ha cojido algun dorado, que hemos comido con suma satisfacción.

La emigración regularizada de diversas especies de peces, constituye un don providencial para algunos países. La caza de la foca es el principal recurso con que cuentan los naturales de la Groenlandia. La pesca del bacalao asegura la subsistencia de los de Islandia, y la pesca del arenque emplea anualmente tres mil embarcaciones.

La anguila es la mas estraña de esos animales errantes, pues parte de sus trayectos los verifica por tierra. Los mas sedentarios son los seres anfibios. El vigilante lagarto, el sapo, la serpiente, el cocodrilo, el caiman, en una palabra, todos esos reptiles que no puede mirar el hombre sin una mezcla de horror, de repugnancia y disgusto, poco se desvian de los lugares en que fueron engendrados. El gran cangrejo violado de las Indias occidentales y de la América del sur es el único de esos animales que emprenden largos trayectos y viajan por centenares y por millares de tribus; á veces cogen media legua, produciendo con sus corazas y sus pinzas un ruido estrepitoso, semejante á cuando cae un fuerte granizo.

Pocos pájaros son los que permanecen constantemente en un mismo país, y hay algunos de naturaleza esencialmente cosmopolita; el cuervo, v. g. existe no solamente en toda Europa, pero además en las márgenes del Mar Negro y del Mar Caspio. Agita sus alas sombrías bajo el cielo de la India, en los aleros de los tejados de Calcuta, sobre las costas del Japon, en las llanuras de los Estados-Unidos, y penetran en las regiones árticas hasta la isla de Melville.

Es curioso tambien de ver las emigraciones de las codornices y de las cigüeñas. Los pichones de Norte-América aparecen en bandadas innumerables; nadie sabe de donde vienen, y se encuentran por todo el continente desde la bahía de Hudson hasta el golfo de Méjico, y desde el Atlántico hasta

el Océano Pacífico. Los ruiseñores se dirigen en familia de Norte á Sur.

Los mamíferos en lo general no suelen ser de una naturaleza móvil como las aves y los peces; por lo regular no se desvian de ciertas localidades. Pero los hay que los hombres conducen en sus peregrinaciones y han propagado de país en país. Tales son mas particularmente los caballos silvestres de la América del Sur que vagan errantes á largas distancias; como asimismo andan por centenares los asnos silvestres; las gacelas emigran del mismo modo, y los pesados elefantes andan en numerosas manadas por inmensas llanuras. Los búfalos de las praderas americanas acostumbran emigrar de Norte á Sur y desde los llanos á las montañas.

¿Después de esa rapidísima ojeada sobre la emigración de los animales, qué diremos de la de los hombres? Su historia es aun mas oscura que la de los animales que tiene á su servicio; su eden viene á ser realmente defendido por un ángel armado de una espada de fuego; se ignora el sitio de su primera cuna, y la primera fase de su vida queda encubierta bajo un velo impenetrable. Solo la revelación proyecta en esa oscuridad alguno que otro reflejo.

Es principalmente demostrando la conexión del hombre con los animales y las plantas, que se cree poder reconocer el sitio donde fué su primer morada y demostrar la unidad de su raza. Así como los animales que son sus compañeros provienen todos de las mesetas del Asia central; el hombre tambien debe de tener allí su primer origen, empero en una época remota donde en vez de esas alturas ahora secas y estériles, estendiase un bello y rico valle. Algunos geólogos se inclinan á creer que dichas montañas se han ido paulatinamente humillando efecto de una misteriosa revolución, y que entonees las razas humanas se dispersaron en las llanuras vecinas. ¿Y en qué época tendria cumplimiento semejante acontecimiento?—No sabemos decirlo.—Empero debió ser en tiempos mucho mas remotos que aquellos indicados por vagas tradiciones, por cuanto que las razas mas antiguas, de que las fábulas los mythos, los cantares, y los idiomas orientales hacen mencion, dicen que siempre hallaron las regiones en que fueron por primera vez á establecerse, ocupadas ya por otras razas.

Así que, cuando los Celtas, esos antiguos habitantes del viejo continente arribaron del Oriente, se encontraron en Europa con otras tribus, de costumbres bárbaras, y grosero language. Pero si de ahí pasamos á querer indagar el origen de los indígenas de América, es una tarea harto mas confusa todavía, es un problema en que no cuenta uno siquiera para guiarse ni de las luces de la revelación, ni de los indicios de la tradición. ¿Cuántas hipótesis no se han hecho desde la mas absurda hasta la mas especiosa!—De las pobres *Pieles rojas* han hecho ora Judíos proscritos, ora Chinos emigrados, y se ha creído reconocer los elementos de su idioma, alternativamente en el sanscrito, en la céltica, y en el gaélico.

Aparte de este enigma indescifrable, queda un

hecho que nos parece demostrado claramente por los mythos, las tradiciones, y la revelacion, á saber; que todas las emigraciones tanto de hombres, como de animales, y plantas, provienen del Oriente. La misma historia comienza por la aparicion de las razas del Este. Al Sur de Europa se ven venir á los Pelayos, luego á los Etruscos, y los Helénos. De las mesetas de los montes Waldi descienden los Ystones y los Tinnéses arrojados hácia el Oeste por los innumerables Teutónes, quienes mas tarde irán á echarse sobre la Escandinavia, la Alemania, y la Francia. El mismo fenómeno se renueva incesantemente. Países del Este desbordan nuevas naciones que derrocan imperios organizados de antemano, hasta que, llega Colon y depara un Mundo nuevo á esas razas asiáticas.

Ese movimiento del Este al Oeste, prosigue sin tregua perennemente. Constituye una de las grandes leyes de la naturaleza.

¡El hombre sigue el curso del Sol; su cuna es Oriente, su meta el Occidente!

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

En las horas de una tarde.

No hay horas que se parezcan
A las horas de la tarde,
Cuando ausente el sol, sus rayos
Reflejan rojos celajes,
Caprichos del firmamento,
Várido trasparente esmalte
En el azul con que envuelven
Sus ligerezas los aires;
Cortándolos se remonta
Allá solitaria el ave,
Como se va el pensamiento
Adonde ninguno sabe.
El álito de las auras
Entre el espeso follaje,
Suenan como suenan un beso
Contra la megilla suave
Del pequeñuelo que aduerme
En el regazo su madre.
Vierten su aroma las flores
Para enamorar al valle,
Y á su esposa el pajarillo
Amor brinda en sus cantares.
Amores cuenta el arroyo
A la tierra donde se hace
Sierpe de plata que corre

Sin llegar nunca á cansarse.
De amores se queja el río
A las sombras inconstantes,
Y amores suspira el viento
En las horas de la tarde.
¡Ay! del que en ellas no espera
Grata ilusion que le halague,
Y solo encuentra en las sombras,
La sombra de sus pesares.

J. ZARRAGA DE PILON.

ADVERTENCIA.

Habíamos tenido un placer singular en insertar la composición poética que al ejército de Africa dedicaron los alumnos de la Facultad de Derecho de la Universidad literaria de Sevilla; sin embargo, nos ha impedido el hacerlo la circunstancia de haber llegado á nuestras manos cuando ya estaba compuesto el presente número.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

No entra en misa la campana y á todos llama.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

